



El mundo en bandeja

Jordi Doce

Orlando González Esteva: *Los ojos de Adán*, Pre-Textos, Valencia, 2012, 224 pp.

Este libro, que reúne muchos de los artículos que su autor, el cubano Orlando González Esteva (1952), escribió entre junio de 2006 y junio de 2008 para el periódico *El Nuevo Herald* de Miami, tiene mucho de compendio o destilado de la poética de su autor, como si fuera el revés de la trama que, cristalizada en estrictos moldes métricos, comparece en sus libros de poemas. En realidad, toda la obra de González Esteva se ha movido simultáneamente por dos vías que parecen contradecirse pero que en realidad se complementan: por un lado, la estrofa rimada, el cubo cadencioso de una redondilla en la que suenan por igual las volutas de la canción popular y la geometría severa de la vanguardia; por el otro, la prosa danzarina y digresiva, tocada por el demonio de la analogía, trufada de correspondencias y revelaciones que primero deslumbran y luego se nos vuelven evidentes, casi axiomáticas, como si fueran parte de las leyes que rigen el comercio de las cosas. Sospecho que esta prosa es la forma en que el poeta descansa y se relaja después de sus seductores ejercicios métricos, una diástole para la sístole (insostenible si se prolonga en exceso) de los silogismos de cuatro versos y rima consonante. Hay complementariedad, pues, y una profunda coherencia en los temas y el estilo por debajo de estrategias retóricas, como dejó claro la antología de su obra editada por FCE, *¿Qué edad tiene la luz esta mañana?* (2008), que yo al menos siempre he leído como si fuera un conjunto unitario, un libro de nueva planta.

Una de las mejores entregas en prosa de González Esteva se titula *Elogio del garabato* (1994), y en ella nuestro autor evoca la capacidad del niño que fue para abstraerse en las grietas y fisuras de su dormitorio y recrear ahí, a partir de esas formas y dibujos arbitrarios, un nuevo mundo, un espacio insólito regido por la

imaginación y la conjetura. Algo semejante hace el escritor adulto con las formas del mundo: verlas a debida distancia y elaborar hipótesis imaginativas que nos las devuelvan limpias, despojadas de los barnices de la rutina y la indiferencia con que el tiempo (y nuestra propia miopía) se empeña en recubrirlas. El discurrir mismo del texto tiene algo de garabato, como si sólo dando vueltas y revueltas, encadenando incisos y rodeos, pudiera realizarse cabalmente. Digámoslo de otro modo: la escritura para González Esteva no es una forma de perseguir el mundo sino de convocarlo, a la manera de un hechizo que lo hiciera aparecer, lo hiciera *presente*, allí por donde ella pasa.

Los ojos de Adán arranca con una declaración de intenciones que no deja lugar a dudas: «El propósito de estos textos fue, y vuelve a ser, invitar a estrenar el día como Adán debe de haber estrenado los suyos: ávido de asombro; invitar a fijarse en lo más insignificante y comprobar que nada lo es [...]». Lo hermosamente paradójico de este designio es que la mirada ingenua o *desnuda* de Adán es aquí una suma de citas, referencias y guiños cómplices que abarca desde la música popular cubana (Touzet, Cachao) hasta los haikus de Issa, Buson o Boncho –de los que nuestro poeta ha ido realizando un puñado de traducciones memorables a lo largo de estos años–, pasando, cómo no, por multitud de escritores cubanos: José Martí, Lezama Lima, Dulce María Loynaz, Nicolás Guillén, Cintio Vitier o Cabrera Infante; y otros que no son: Manrique, Juan Ramón, Rubén Darío, Alfonso Reyes, María Zambrano, Jorge Guillén, García Lorca, Mahmud Darwish o Francis Ponge. El resultado es un canto de alabanza al arte, a la creación humana, y la demostración más palpable de que vemos porque otros nos han enseñado a ver, de que sentimos porque antes nos han enseñado a sentir. Según la figuración de González Esteva, Adán es un hombre en el que actúan y cobran sentido las intuiciones de sus predecesores, las imágenes y vislumbres de quienes alimentan su memoria y sostienen su imaginación. Adán, pues, no es el primer hombre sino el último, y las referencias acumuladas no le abruman (no le condenan a la acedia melancólica del erudito, al agostamiento de quien sabe demasiado para hacerse ilusiones) sino que son condición indispensable de su gracia, su ligereza, el modo en que corre por analogía de una cosa a otra y

de una idea a otra. *Los ojos de Adán* es un libro profundamente optimista y vital incluso cuando la mirada de su autor hace balance de pérdidas y desengaños o se adentra en el campo de espinos de la historia y la política cubanas, algo que hace ya desde el texto inaugural y que, como veremos, conforma uno de los ejes temáticos o emocionales del libro. Tomemos el arranque de «El carrusel de los años», donde el tópico del *ubi sunt* no merece más que una frase antes de ser desplazado sin contemplaciones por una imagen prodigiosa, desbordante de vida:

Qué será de los años que terminan. ¿Volverán a salirnos al paso y a darnos la impresión de que son años nuevos o caerán en un saco roto y, a través de él, en un agujero del tamaño del tiempo? Uno acaba encariñándose con algunos y temiendo por su destino. Sufro imaginándolos despeñarse por las barrancas del orbe, dando tumbos hacia atrás y recibiendo mordidas de los animales que pueblan el zodiaco.

Aquí la rueda del zodiaco es una noria inmensa cuyos cangilones albergan a los animales celestes y sobre los que, en vez de agua, caen los años que se acaban, los años ya vividos; en realidad no caen, sino que se *despeñan* «por las barrancas del orbe», en una escena que parece tomada de Blake o del *Infierno* de Dante. Imagino el asombro –y hasta la perplejidad– de un lector cualquiera de *El Nuevo Herald* al tropezar con estas líneas. Por suerte para ese lector, la prosa de González Esteva suele remitir a una tradición menos imponente y quizá más habitable: las greguerías de Gómez de la Serna, las ficciones de *cronopios y famas* de Cortázar (a quien se homenajea sin disimulos en «Instrucciones para cortarse las uñas de los pies»), los destellos metafóricos de Perucho o Pérez Estrada... El garabato de la prosa se anuda en ocasiones en forma de aforismo y otras se distiende en glosas que no temen cortejar el disparate pero que son, finalmente, un prodigio de gracia, de lucidez. Temeroso tal vez de agobiar al lector con sus saltos y maridajes, González Esteva interrumpe el avance de la prosa con *haikus* que él mismo traduce y en los que, de pronto, el torbellino se hace pausa, charco de agua fresca, reflejo en una bola de cristal. El resultado me hace pensar en la forma japonesa del *haibun*, esa mezcla de prosa y verso que es también mezcla de

ensayo y poesía y que lo fía todo al poder del contraste, la capacidad del *haiku* para instalar líneas de fuga, claros iluminadores, en el camino de la prosa. De hecho, su fuerza es tan grande que termina convirtiendo toda las demás citas (de Martí, de Manrique, de Góngora, de Borges) en estrofas japonesas:

¿Tiene puños la Muerte? Y de tenerlos, ¿cómo resonaría el golpe de sus nudillos contra la madera? ¿Halaría por la aldaba? Y si haló por ella, ¿cómo y cuántas veces la dejaría caer? ¿Existirá esa aldaba o se habrá desintegrado al contacto con el puño terrible? Y si existe, ¿qué podría revelar? ¿Deja huellas digitales la Muerte? Manrique no especifica. Sólo dice, aludiendo a su padre:

vino la muerte a llamar
a su puerta.

Es una gentileza que la Muerte haya llamado como una vecina más, sabiendo, como se sabe, que de querer allanar una habitación no hay puerta capaz de cerrarle el paso. [...]

En última instancia, estas páginas de apariencia lúdica o amable –incluso cuando rondan los asuntos más serios, como acabamos de ver– obedecen a un impulso que no puedo sino adjetivar de moral, pues pretenden corregir el quebranto o «descomposición de los nombres» que González Esteva observa en su Cuba natal, la isla de la que fue desterrado de niño pero en la que sigue viviendo *de verbo presente*, unido a ella –a sus formas y olores, sus plantas y animales, sus calles y hogares– por el hilo de plata de la memoria y la imaginación. Las palabras, según el poeta, serían los «espejos» de una realidad social y política hecha pedazos, falseada, envilecida fatalmente a manos de un poder implacable que no admite frenos en su ansia por intervenir todos y cada uno de los aspectos de lo real, empezando por el lenguaje. Son varios los textos («Cuba vista desde un globo», «Penas y alegrías del ciempiés») en los que se cuelan breves apartes melancólicos sobre la infinita decadencia del ahora cubano, aunque siempre con dulzura, sin perder la esperanza, la misma que le lleva a imaginar «una campaña a favor de los nombres tradicionales, del santoral de otrora, a ver

si por una suerte de magia simpática, enderezando los nombres se endereza el país». El libro mismo parece responder, modestamente, a este mismo propósito: contribuir a la regeneración del espíritu cubano mediante la limpieza de los sentidos y las palabras, recoger la Cuba de su infancia y multiplicarla y desplegarla en el tiempo, más allá del presente baldío. González Esteva no lo dirá nunca con estas palabras; más fino y sutil, también más modesto, los arranques de solemnidad le espantan. En él se reúnen la figura de Ariel, el espíritu alado, y la del mago Próspero, capaz de crear otra isla de la imaginación dentro de la isla material, geográfica. Sabemos que no hay Próspero sin su Calibán, pero no llevemos el correlato demasiado lejos y no asignemos a esta escritura un fin que no es el suyo. Los cincuenta artículos que componen *Los ojos de Adán* hacen bailar al idioma y al pensamiento y nos ponen el mundo en bandeja, con palabras que a veces, de tan expresivas, parecen confundirse con nuestros dedos. Es buena literatura, sí, pero es más que eso: una lección vital, un saber estar. Lo dice mejor que nadie el propio Orlando en la nota que cierra el libro: «No quise hacer periodismo; tampoco, literatura; menos, complacer a pocos o a muchos. Quise ser libre» ©